

Joaquín Gutiérrez

VAMOS CON UNA FLAUTA ENTRE LOS DIENTES



VAMOS juntos. Muy juntos. Yo te siento
hueso a hueso en contacto transparente.
Osificada luna de la frente
y el iliaco archipiélago irredento.

Entre la rada de tus muslos cuento
óseos arbustos. Y aguzado el diente
guzlo en tu tibia. Y atambor batiente
de esternón a esternón. Mañana el viento

te aventará, pero hoy, calcárea y sola
tus huesos todos, arquitecturados,
ruedan, conmigo injertos, en la tierra.

Y en el rumor de la alta caracola
de tus senos altivos y mojados
siento llegar el ruido de la guerra.

Y EL AIRE ARDIA EN ALMIZCLE ENFURECIDO

Vives en diapasón. En vino impuro.
En alga triste. En desusado velo.
En temblor. En hervor. En vivo celo
tu herida lacre y tu perfil oscuro.

Paladear tus ozonos, tu conjuro,
la grieta del pezón, tu ojo de yelo,
tu tendón descorrido y tu desvelo,
tu sonrisa en desahucio y tu pan duro.

Y los helados pájaros marinos
hurgando pasajeros meditados
en la coagulación de los corales.

Y esa luz que nos hiere. Nos sentimos
muy solos, muy ajenos, muy flotados
sobre eriazos de lodo y hambre y sales.

EN LAS ORILLAS DEL GOLFO DE NICOYA LA GENTE
VIVE COMO EN CUALQUIER OTRA PARTE

Brazo de almendra blanco el cuello me aprisiona.
La arena. Tú. Pereza. Siempre es así, lo mismo...
Camisetas yodadas. Frutos. Sibaritismo.
Irse con cada luna, volver con cada lona.

El mar tu cutis suave lo absorbe y atizona.
Tú culpas mi pereza. Yo me culpo a mí mismo.
Son cosas que suceden. No es lirismo. Lirismo
es el polen, el viento, la eclosión de la anona.

Bajo el almendro en flor se refriega una yunta
y el golfo al fondo brilla, argentado linóleo,
y rompe el muelle negro la gran pupila zarca.

Y en la franja de sombra que el muelle en el mar unta
gotean lujuriosas las gotas de petróleo
y un amor aprovecha el vaivén de la barca.

LA CORZA DE CRISTAL

La corza de cristal, estremecida
con fiebre de clamor, lleva un aliento
azotado en las puertas de su herida,

en contra del continuo movimiento
que en volandera huída va a lanzarse
por la pampa vastísima del viento.

Sin entender el ir y el entregarse
y buscando una rosa que supiera
cerrar su cáliz húmedo y sangrarse

los labios finos al saber que espera.
Teniendo luz y sol para su acto
en el trigo hecho carne de pradera

por su fiel muslo, pálido y exacto,
niega tenaz correr en abandono
dorado el pez severo de mi tacto,

y refugio buscando entre el ozono
aleja el beso de aguamiel y sombra
y horada la bastilla de su encono.

Baja, descende, mira cómo asombra
tu río de harina suave reclinado
y el grito en mi voz áspera te nombra.

Y si a tu pie severo y resbalado
le ofrece la galaxia su sendero,
no olvides mi tesón y mi arbolado.

Y si le da su espejo el aguacero
a tu seno humedoso que se inclina
en firme curva y tiento lisonjero

y a crear bajorrelieves se conmina
en un cielo convexo y siempre grave
con un brusco pezón en su colina,

yo aquí en la tierra, guárdote mi llave
y si te niego lirio somnoliento
te doy acaso lo que en nueva clave

es un músculo rojo y un acento
audaz y necesario: toro erguido
que lleva en su testuz trizas del viento.

Y un bordón de campanas florecido
y las raíces agrias de mis manos
ahogando, cristal frágil, tu gemido.

¡Desciende, ven! Podemos ser humanos.

NOTAS SOBRE UNA POESÍA

(La Corza de Cristal, por Joaquín Gutiérrez)

La revalorización de elementos humanos ha introducido en la poesía un nuevo cauce de posibilidades, y la realidad tantas veces desechada comparte ahora la aventura con experiencias que le pertenecen ardientemente. El tiempo del malabarismo, de los grandes gimnastas, de los descubridores desorbitados, toca a su fin y un tranquilo recuento sobre las ruinas de tantos despojos poéticos impone sus condiciones.

Sin embargo, algo trágicamente riguroso como el tiempo, algo en fuga y muerte constante, en acecho, aún nos ofrece su raíz infinita, su resistencia y naufragio: el amor. Su latitud palpita en una órbita incommovible, fija en su desafío esencial, modificada solamente por un nuevo y claro concepto humano donde fuerzas contrarias se encuentran y se complementan y no se desvían para dar motivo a concepciones superfluas, intrascendentes. El amor ya no define la trayectoria y el destino del hombre. Es a veces una ráfaga, un instante trágicamente ardiente donde el cuerpo forma parte de la conquista y de la derrota. Existe un decidido entroncamiento con la tierra y en la raíz de esta unión desgarrada, el poeta ha decidido cantar como hombre. El trueque con la realidad persiste pero es un cambio ambicioso y cruel donde cada palabra casi cumple una función fisiológica rodeada de huesos y sangre. Real identificación con el objetivo poético, vuelo que nace de posibilidades ilimitadas, rigor en la elección,

rigor en la búsqueda, ilimitación en el dolor, contacto y ensueño: esta es la consigna.

No más bifurcaciones entre símbolos pasivos que aceptan su condición sin rebeldía. No más danza vaporosa al ritmo onomatopéyico de la lluvia. Es necesario despedazar hasta la última resistencia para vigorizar la potencialidad de los símbolos que exigen un precio en medio de compactos, herméticos, enjambres de dudas y confusiones. Es el caso de la «Corza de Cristal», poema donde Joaquín Gutiérrez se llena de exigencias, de rigor formal, de símbolos que se combaten buscando una raíz honda.

Sin entender el ir y el entregarse
y buscando una rosa que supiera
cerrar su cáliz húmedo y sangrarse
los labios finos, al saber que espera.

Despertar, rebeldía, refugio y defensa, identificación con la tierra, visión y descubrimiento de la fábula. Quevedo con su brioso molino empuja un extraño sabor clasicista y luego Valery descubierto en plenitud de entrega, pero humano y estrictamente terrestre, y Góngora, con su escudo de combate, heroica atalaya, sangre y conducta de un responsable:

Por su fiel muslo, pálido y exacto,
niega tenaz correr en abandono
dorado el pez severo de mi tacto.

Extraña paradoja nos ofrece la poesía. Crea una irrealidad y sólo otra irrealidad puede sustituirla, pero jamás derrotarla. Crea una ley de resistencia donde la lógica no cuenta, y audazmente, en una constante eclosión de belleza, elabora su propia muerte, pero encerrada, consumiéndose, dentro de su solitario e ilimitado destino. Así, es posible, que ciertos elementos puedan nacer por medio de la casualidad o de la búsqueda infinita.

Tal vez sólo es un problema de calidad y si la búsqueda está totalmente enraizada con la vida del hombre, la calidad está en su estructura humana y el sacrificio de su honradez pasa a ser un problema de conciencia donde el único Juez es la desesperación que tiene reservada para el hallazgo de su verdadera voz:

Aleja el beso de aguamiel y sombra
y horada la bastilla de su encono.
Baja, descende, mira cómo asombra
tu río de harina suave reclinado.

Acaso un realismo directo, acusador, pueda salvarnos algún día irrumpiendo violentamente en nuestra solapada y oscura concepción del amor. Un falso misticismo ha desparramado su cauce nefasto: se buscan equivalencias, se establecen leyes de cálculo y posibilidades, mientras un angustioso y ardiente horizonte, eleva sus fuegos secretos, irresistibles:

Yo, aquí en la tierra, guárdote mi llave
y si te niego lirio somnoliento
te doy, acaso, lo que en nueva clave
es un músculo rojo y un acento
audaz y necesario: toro erguido
que lleva en su testuz trizas del viento.

El hombre ya no junta sus flechas mitológicas para lanzarlas contra la luna. Vive un desgarrado y trágico vaivén de dolorosas exigencias. Y como un árbol perpetuamente condenado a volar, no deja sus raíces para decirnos su mensaje, sino que elabora poderosas ramas para el regreso del vuelo de los pájaros, así su voz arrastra y sube lo heroico de la tierra y aprisiona lo esencialmente divino de las constelaciones: su canto no es un murmullo complementario.—ALFONSO ALCALDE.